



Homenaje
a
Camilo Torres

Coronel GABRIEL PUYANA G.



Coronel GABRIEL PUYANA G.

“La Justicia no puede subsistir sin la igualdad”.

Camilo Torres.

“Sólo la Justicia conservará la República”.

Simón Bolívar.

H onrosa designación y caro compromiso, el de venir a ratificar ante la efigie del prócer, en los soldados de Colombia, el sentimiento de nuestra devoción y nuestra gratitud emocionada.

Quizás para algunos, el hecho de que un representante de la Fuerza Pública, sume su voz, en este homenaje que se rinde a quien encarna la conciencia jurídica de la nación y el pensamiento máximo del magistrado que enardeciera otrora el anhelo de la libertad hispanoamericana... pueda parecer, un tanto paradójico, ante la idea equivocada, de que la toga del jurista, no juega con la capa del guerrero, de que la pluma del abogado no se concilia con la espada del luchador, de que la elocuencia del tribuno en la justa forense, no puede hermanarse con la arenga del Jefe, cuando en el momento cumbre de su destino se ve precisado a recurrir al filo de su acero para llegar a la contienda y abrir torrentes de sangre en el corazón de sus propios semejantes...

No puede existir sofisma mayor que esta incompatibilidad aparente. Si dentro de nuestra concepción de pueblo cristiano, encontramos la necesidad imperiosa del instrumento armado, es porque la **idea de fuerza**, se entrelaza y se identifica con la esencia misma del derecho, que tiene como finalidad primordial reglamentar el uso de aquélla para hacerla útil a la especie hu-

mana... una fuerza aislada sin que implique el respaldo a una justa razón, o por lo menos a un mito generalmente compartido, sólo puede concebirse raleza... como un río desbordado, como la expresión física de la naturaleza como una marejada indómita, o como un huracán que destruye sin sentido... pero la fuerza, dentro de la concepción jurídica, se aprisiona en sus propios cauces que fundamentan su razón de existir y la orientan hacia el logro de sus fines altruistas... y el derecho, concebido en abstracto sin el respaldo de esa misma fuerza, es sólo una vaga remembranza, de la actitud heroica de los profetas inermes que perdieron en el desierto, igual que su palabra, todo el anhelo de su misión frustrada....

De ahí, que para un hombre de armas... de las armas de la República de Colombia, que han sabido brillar. no sólo por el esplendor de la victoria, sino por su compenetración con los ideales democráticos y por la conciencia de sus altos destinos, ajenas siempre a mezquinas aspiraciones de casta, es y será siempre.... un motivo de orgullo, venir a exaltar la figura, no del héroe legendario que fulguraba como un rayo entre el incienso del combate, sino del prócer sereno, del Jurista erudito, que en la quietud y en el silencio de su estudio, esgrimiendo la fuerza de su palabra, preparara el campo propicio para nuestra emancipación, sin importarle afrontar en la hora suprema la responsabilidad de su gesto, pagando al precio de su vida, la certidumbre de sus convicciones....

* * *

Nos congregamos hoy en este altar de la patria para rendir culto a la memoria del Patricio: posiblemente el evocar su vida heroica, constituya tarea innecesaria por cuanto ella palpita en el corazón de la nación entera; sin embargo, al conmemorar el segun-



do centenario de su nacimiento, queremos sólo, mediante nuestras palabras, revivir la presencia del mártir, que con silencio reverente podemos contemplar en esta maravillosa obra de Verlett, cuya descripción insuperable hecha por el Maestro Valencia en 1917, enardece nuestro sentimiento de colombianos, acrecienta nuestro amor a la Patria y nos transporta a los confines de lo eterno, para sentir de cerca el palpar de ese corazón, sobre el que se encendiera un día la antorcha de la libertad....

“Contemplad, decía el Maestro Valencia.... aquella frente musculosa y amplia, ese fruncimiento del ceño, de donde las arqueadas cejas se desprenden como dos relámpagos; la penetrante intensidad de aquellos ojos que sondean la incertidumbre del futuro; la nariz aguilina; la boca grande, carnosa y soberbia, apta por su tamaño como la de Tritón, para lanzar inagotables cascadas de palabras; la barba huesosa y pujante, recio cimiento de energía que marca sobriamente la faz glabra y proconsular; y ese brazo de puño vengador que parece acariciar el puñal invisible de los Idus de Marzo; ese brazo que expresa en su ademán toda la fuerza de la revolución, la energía contenida que estallara algún día, el músculo cohibido que, en su distensión mata, la virtualidad genitora que, sacara de la nada la libertad de un continente”.



.....

Repasemos, aun cuando sea brevemente, su vida: un día como hoy, 22 de Noviembre, en la villa de Belalcázar, solar español enquistado en América, abre sus ojos a la luz; su sangre hispana, pero renovada, si no por mezcla, por el ambiente del trópico, de las inmensas cordilleras cir-

cundantes, de la voz de los ríos, de esta patria que en su abandono y olvido, se sobrecoge silenciosa, como una niña esquivada, esperando que la voz de alguno de sus hijos, llegue a clamar un día sus derechos negados...

Sus ojos se colman de paisajes: su mente despierta con una sed insaciable del saber y con su voluntad dinámica, su consagración única y su maravilloso cerebro se adentra en los laberintos de la ciencia mediante las más severas disciplinas bajo la dirección del **Doctor José Félix Restrepo** y el **Doctor Grijalva**, dignos maestros de tan insigne discípulo, el seminario de Popayán inicialmente y luego en Santa Fe, el Colegio del Rosario se enorgullecerán siempre, de haberlo sentado en sus bancos. El mismo Barón de Humboldt —no propiamente identificable por la honradez con que reconociese los valores criollos—, dice refiriéndose a Torres en algunos apartes:

“Es hombre verdaderamente grande, extraordinario, gigante de inteligencia, genio de extensos talentos, gran saber y de virtudes sólidas y rígidas... Muy erudito en ciencias exactas; protector de las bellas artes en las cuales su dictamen es considerado decisivo; sobresaliente en el conocimiento y versación de su idioma, del Griego, Latín, Francés, Italiano y bien pronto lo será también en el Inglés y el Alemán que estudia con tesón para satisfacer el anhelo de leer los autores clásicos en sus respectivos idiomas (para terminar su descripción diciendo): los fastos de la historia recogerán su nombre con honor...”.

Y sus mismos compatriotas, ajenos a la envidia que hubiese podido motivar su grandeza, por boca de Zea y de Caldas, lo describen:

“Modesto, prudente, silencioso, firme y digno... No oyó el areópago



de Atenas ni el Senado de Roma, una voz más elocuente que la suya...".

* * *

Con su erudición y brillantez, Torres adquiere rápido prestigio dentro de la Santa Fé Colonial de principios del siglo XIX, por entonces en un alud de gloria y de grandeza el hijo de la guerra, con sus bayonetas francesas, cambia a su capricho las fronteras de Europa y en el rodar de cetros y coronas, la convulsión del viejo mundo se proyecta hacia las tierras de América, para hacerle comprender que se aproxima su hora:

Y vienen los primeros movimientos: la organización de las Juntas; la incertidumbre ante el camino que se debe seguir, cuando el monarca legítimo es suplantado por el usurpador. Los sucesos de Quito en agosto de 1809, tienen su repercusión en Santa Fe y es entonces cuando en Cabildo Abierto se debate la actitud de la Nueva Granada. A Torres, en su condición de asesor, le corresponderá redactar "**La Representación del Cabildo de Santa Fe a la Suprema Junta General de España**" que se conocerá más tarde como el "**Memorial de Agravios**".

Este documento que ha motivado opiniones diversas, se inspira ante todo en un anhelo de justicia y en los principios de la igualdad humana. Para algunos no es sino la ratificación de la fidelidad a la corona, buscando sólo, con el sentido egoísta de la clase dominante criolla, una posición similar a la de los peninsulares; se le inculpa de débil, de contemporizador, y a una distancia de más de cien años se le trata de negar, el valor que representó en aquellos días cuando surgía de las gargantas oprimidas el intento del grito de protesta... No deja de ser curioso el contraste.

En aquella época los peninsulares se oponen a su publicación; mas, su circulación clandestina, produce aún



mayores efectos, y el mismo Morillo cuando es requerido en gesto nobilísimo por Don Jerónimo de Auza para conceder a cambio de oro, el rescate del Patriota que está próximo a morir, se niega a ello exclamando que Torres, es el **Catón Granadino**, ideólogo y causa de la revolución misma... en cambio, algunos de sus mismos compatriotas, años después tratarán de negar su valor auténtico en la acción precursora de la lucha magna. Naturalmente en su aspecto externo, el documento no podía presentarse en forma distinta; debemos recordar que iba dirigido a la Junta Suprema de España, donde a la postre tampoco llegó por las razones expuestas, cuando se vetó el nombre de Torres para representar ante dicha entidad a la Nueva Granada: si se hubiese redactado en forma diferente, no podía aspirarse que llegara a su destino... Además, Torres, como lo observan algunos de sus biógrafos, comprendía que la revolución no podía concebirse sino mediante una transformación de las instituciones, de los sistemas y costumbres, en la que habría que avanzar por etapas, para que mediante la imposición de la justicia y del orden, pudiera alcanzarse la anhelada meta de la libertad... Es curioso (repito), este afán tropical de revolver el polvo de los archivos históricos con el pueril intento de empañar la gloria de quienes ha consagrado la posteridad sobre el ejemplo elocuente de su propio martirio. Con cuánta razón expresaba alguien al referirse al navegante que le cayera en suerte descubrir a América:

“Colón dedicó toda su vida para poder llegar a descubrir un nuevo mundo, y hoy más de medio mundo, se dedica a descubrir los defectos en la vida de Cristóbal Colón”.

Pero la contribución de Camilo Torres a la causa de la emancipación Americana no puede evaluarse a ba-



se del estudio de un simple documento. Es necesario tener en cuenta su actitud viril y definida en las jornadas del 20 y 26 de Julio; su gestión de Presidente de las Provincias Unidas, de 1812 a 1814. Posiblemente, como lo anotan algunos de nuestros historiadores, su inexperiencia en el arte de mandar y su inflexibilidad de carácter por causa de su misma firmeza, contribuyeron para dar a su Patria un sistema de gobierno que no podía satisfacer las necesidades de la época...

Y así, lo vemos como federalista entusiasta, enfrentado a uno de nuestros pro-hombres máximos, el precursor Don Antonio Nariño... —¿Qué sino fatal pesa desde los comienzos de la Patria sobre sus hijos predilectos?— ..¿Por qué no fue posible que durante aquellos años de la Patria Boba, excelencias humanas como aquellas, hubiesen podido conciliar sus diferencias, para haber encauzado a la nación por una sola ruta, ahorrando la tragedia fratricida cuando aún pesaba sobre Colombia el yugo del opresor?... Empero, aquellos fueron insucesos, que a pesar de todo, hacen parte de nuestra propia historia, y no obstante sus resultados negativos, nos compete a las generaciones presentes, el detenernos a analizarlos, no con el ánimo de denigrar a quienes figuraron como actores, sino precisamente, para evitar que puedan volverse a repetir, como esa misma incompreensión nefanda que durante más de un siglo, (interrumpida apenas por cortos ensayos de paz), ha venido anegando en sangre la República... y la que sólo hasta ahora, parece que empieza a disiparse, en la esperanza de que una nueva aurora, alumbre el porvenir de Colombia.

* * *

Al reunirnos en este sitio bajo la mirada del mártir, junto a esta plaza que sintetiza la historia de la Pa-



tria, sentimos de pronto la sensación de que la sombra de su efigie se proyecta hacia el pedestal donde se levanta la estatua del Genio de América, como si quisiera acaso cobijarla... esta cercanía de los broncees es una clara coincidencia de lo que en un momento histórico pudo significar para Bolívar, la visión acertada del Presidente del Congreso de Tunja cuando en el hombre vencido, hallara en todo su esplendor la magnitud del héroe que realizaría la epopeya Americana. De nuevo sus palabras llegan más a nuestro corazón que nuestro recuerdo:

“General, vuestra Patria no ha muerto mientras exista vuestra espada; habéis sido un militar desgraciado pero soís un grande hombre...”.

Si los pueblos del continente americano guardan deuda de gratitud para aquel navegante aventurero que enarbolando los pendones de Aragón y Castilla en su afán de llegar a las Indias, topara en su camino un mundo nuevo... también América y en especial los países Bolivarianos deberán perenne reconocimiento a quien en momento afortunado descubriese en el caballero de la gloria, al redentor de la Patria subyugada.

Y como si aún fuese poco, la sola proximidad de las estatuas, la del héroe que a pesar de sus amarguras y desencantos en la emoción suprema del combate, pudo desposarse con la gloria, al ceñir sobre sus sienas la corona merecida de laureles... y la del mártir que no alcanzara a vivir la realización de sus sueños al troncharse su aliento bajo los arcabuces del pelotón homicida, se agrega otra de estas coincidencias extrañas de los hombres, de los lugares y los hechos: sobre aquel mismo sitio en que cayera el cuerpo exánime del magistrado para teñir en púrpura la tierra que ab-



sorbiera su sangre, haciendo más exacta la sentencia bíblica de que "la vida no se acaba sino que se transforma", al correr de los años, se habrían de apoyar, un día, las losas que servirían de pedestal para la estatua del Padre de la Patria...

Apreciad cómo, desde este ángulo, cercano a la figura de Torres apenas asomándose a la plaza, parece revivir la sencillez y modestia de su excelencia humana, en actitud egregia como si comprendiese que no alcanza a compartir el mismo sitio del Libertador, sin que por eso deje de significar lo que fue para su trayectoria luminosa, ese momento estelar, en que tras de la faz de la derrota intuyó los resplandores de su genio .

* * *

Con su clara concepción de jurista, Torres comprendió que la justicia sólo podía lograrse a base de la igualdad humana... pero su sentido de equidad se apoyaba en la noble concepción de los derechos subjetivos y no en artificiosa estructura que un siglo más tarde habría de facilitar la explotación ideológica de muchedumbres desamparadas que en su desesperación y en su miseria, se abrazaron a un evangelio nuevo que quiebra de un solo tajo la conquista secular de los derechos humanos. El concepto de Torres fue claro y sencillo: una igualdad de oportunidad que traducida a la época presente y con permanente vigencia, puede expresarse en la necesidad de que bajo la sombra de Cristo, el rico, sea menos rico y el pobre, menos pobre; para que bajo un mismo techo se comparta el fuego, se anide la ilusión, se vislumbre la esperanza... Bolívar también lo comprendió así y sobre el fundamento de esa igualdad que constituía la justicia, encontró que sólo mediante ella, podría subsistir la República.

* * *



Hoy, ante la imagen de nuestros héroes y en particular del mártir que motiva nuestro homenaje, en medio de nuestra meditación silenciosa, nos corresponde preguntarnos ¿hasta dónde hemos sido dignos de la heredad legada?...

Quizá sea mejor no forzar nuestra mente para evitar revivir el viacrucis que ha tenido la Patria en menos de 160 años de historia propia... tal vez un poco tarde, apenas empezamos a aproximarnos a esa madurez mental que exige el bienestar de la República... quiera Dios que por fin —lo que para consuelo nuestro— hemos considerado como expresiones burdas de la formación de una raza, vaya siendo paulatinamente superado, para poder llegar a materializar las aspiraciones de los forjadores de la Patria.

Que esa igualdad sobre la que se fundamenta la justicia, sea la certidumbre de la República, para que en un mañana próximo, cuando la noche disipe sus tinieblas, cuando se olviden los rencores y se extingan los intentos de la llama, cuando se pierda el olor de las cenizas, y el sabor de las lágrimas, podamos sentir que Colombia reverdece de nuevo en el clamor eterno de sus ríos, en el dorado vaivén de sus trigales, en los penachos de humo de sus fábricas, y en la sonrisa franca de sus gentes que al estrechar sus manos y sus almas, forjarán sobre un solo corazón el perfil definido de la patria.

